

PERONISMO Y DEMOCRACIA

MARCOS NOVARO
(compilador)

PERONISMO Y DEMOCRACIA

Historia y perspectivas

Samuel Amaral, Nicolás Cherny, Edward L. Gibson,
Vicente Palermo, Luis Alberto Romero, Kurt Weyland
y Loris Zanatta



Marcos Novaro

Peronismo y democracia. Historia y perspectivas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2014.

192 p.; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-628-323-6

1. Historia del Peronismo.

CDD 320.982

Diseño de tapa: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición: agosto de 2014

© Marcos Novaro, 2014

© Edhasa, 2014

Córdoba 744 2° C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-323-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Arcángel Maggio-División Libros

Impreso en Argentina

Índice

Prefacio. Tres momentos de una sola historia.....	9
<i>Marcos Novaro</i>	
Introducción. Historia y perspectiva de una relación difícil...	15
<i>Marcos Novaro</i>	
La democracia y los orígenes del peronismo.....	47
<i>Samuel Amaral</i>	
El peronismo clásico y la vía holística a la democracia.....	79
<i>Loris Zanatta</i>	
El segundo peronismo y la democracia	105
<i>Luis Alberto Romero</i>	
La Renovación Peronista.....	113
<i>Vicente Palermo</i>	
Elasticidades del peronismo: la década del noventa y la transformación del sistema de partidos en la Argentina ..	123
<i>Edward L. Gibson</i>	
La relación presidente-partido de gobierno en el kirchnerismo	143
<i>Nicolás Cherny</i>	

Izquierdismo, populismo y democracia en la Argentina kirchnerista.....	161
<i>Kurt Weyland</i>	
 Colaboradores	 185

Prefacio

Tres momentos de una sola historia

Marcos Novaro

Este libro propone revisar y analizar las históricas tensiones entre la democracia y el peronismo y los efectos que de ellas han resultado para nuestra vida política. Con este objetivo, se ofrece un recorrido que va desde el origen del movimiento hasta nuestros días, y atiende particularmente a las relaciones que se establecieron entre las ideas y las formas de ejercer el poder de los líderes peronistas protagonistas de cada etapa de esta historia y las instituciones políticas a ellos contemporáneas.

Con el objeto de someter estos asuntos a un análisis plural, tanto en términos disciplinarios como ideológicos, el Centro de Investigaciones Políticas (CIPOL) y el Programa de Historia Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA) convocaron entre 2011 y 2012 a participar de un ciclo de seminarios a historiadores, politólogos y sociológicos especialistas en distintas etapas de nuestro pasado reciente, planteándoles los problemas recién enunciados. El resultado es este conjunto de ensayos, que obviamente distan de agotar la cuestión pero ayudan a precisarla y actualizarla.

En el primero de esos encuentros, denominado “Peronismo clásico, democracia y estado de masas”, se discutió la tensión entre democracia social y política y entre distintas concepciones de democracia que estuvieron en danza en el período de ascenso al poder de Juan Perón y durante sus dos primeros mandatos presidenciales. Participaron de este debate los historiadores Loris Zanatta, de la Universidad de Bologna, y Samuel Amaral, de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF), y el sociólogo Juan Carlos Torre, de la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT). Las exposiciones de los autores se centraron, de un lado, en las tensiones entre peronismo y liberalismo político, y del otro, en los distintos modelos institucionales que tuvo como referentes Perón y en el modo en que intentó llevarlos a la práctica a lo largo de esos años.

En el segundo encuentro, desarrollado bajo el título “El peronismo, entre la democratización y los desafíos de la modernización económica”, se analizaron los cambios que esta fuerza experimentó durante las décadas de los ochenta y noventa y se discutieron los legados de la experiencia menemista. El encuentro contó con la presencia de los politólogos Edward Gibson, de Northwestern University, y Vicente Palermo, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), y del historiador Luis Alberto Romero (UBA). Por último, el tercer encuentro, “Peronismo y kirchnerismo”, reunió a Kurt Weyland, de la Universidad de Texas, a Germán Lodola (UTDT) y a Nicolás Cherny (UBA-CONICET), todos ellos politólogos, quienes debatieron sobre la última década de gobiernos peronistas, la reemergencia y reelaboración experimentada en estos años por el ya clásico conflicto entre populismo y liberalismo, sus efectos en la democracia argentina y su desarrollo futuro.

A results de estos debates y de los comentarios formulados a las ponencias presentadas, los participantes que aceptaron

nuestro convite elaboraron los ensayos que ofrecemos ahora al lector. Deben ser leídos como fueron pensados y escritos, como una serie de pistas para reconstruir y mejorar la comprensión de las idas y vueltas trazadas por el actor central de nuestra vida política en su relación con las instituciones de la democracia, los cambios experimentados en sus ideas al respecto, y las prácticas y políticas que en nombre de esas distintas ideas de democracia él promovió.

Tras una introducción más bien general en que se exponen sobre todo las preguntas que organizan el debate, se presentan dos trabajos sobre el primer peronismo. El de Samuel Amaral analiza en detalle el proceso de formación del peronismo, poniendo el acento en el vínculo que éste en su origen estableció entre la competencia electoral, lo que podríamos llamar los “componentes no democráticos” de su proyecto político, y la multitud de actores que fueron convergiendo en torno al liderazgo de Perón. Loris Zanatta, en el trabajo que le sigue, analiza el “holismo” como fundamento del concepto de democracia que abrazó en sus primeros años el peronismo y sus parecidos de familia con las ideas de otros movimientos populistas y antiliberales de su tiempo.

En lo que sigue el lector advertirá que damos un salto adelante para considerar los cambios que vivió el peronismo a partir de la transición democrática de 1983 y, en particular, su evolución durante la década menemista. Luego, en un texto abarcador de todo el período, Luis Alberto Romero analiza las relaciones entre pobreza y representatividad de esta fuerza política, buscando las claves de su transformación en paralelo a los profundos cambios de la estructura social del país registrados en esas dos primeras décadas de democracia. Vicente Palermo recupera los debates que llevaron a la formación de la llamada “Renovación Peronista” y analiza las causas de su precoz declive; mientras que Edward Gibson estudia los cambios en el funcionamiento del peronismo como partido

durante los años noventa y compara el proceso de “partidización” que experimenta con la dinámica observable en fuerzas predominantes de otros sistemas políticos, en los que la competitividad y el pluralismo también han sido crónicamente débiles.

Los últimos dos ensayos se refieren a la década kirchnerista. El de Nicolás Cherny retoma el debate sobre las características partidarias y coalicionales del peronismo, enfocando su análisis en lo sucedido en tiempos de los Kirchner y su impacto sobre el resto del sistema político, atendiendo asimismo a los déficits de representatividad y de eficacia gubernativa acumulados en estos años. Luego, Kurt Weyland reconstruye el debate sobre los populismos de izquierda o “radicales” que vienen ejerciendo el poder en diversos países de la región, y a la luz de esa discusión analiza los éxitos y fracasos de los gobiernos iniciados en 2003 en Argentina.

Como se puede advertir, la que aquí se discute es una historia con final abierto, así que es lógico que no haya un capítulo de conclusiones. Preferimos dejar librado a la interpretación del lector la valoración de logros, fracasos y retrocesos experimentados por nuestro sistema político, así como el papel que en ellos ha tenido su principal protagonista, el partido peronista. Sólo diremos, para terminar, lo siguiente: la democracia argentina, restablecida hace exactamente tres décadas, ha atravesado ya varias crisis agudas, de naturaleza directa o indirectamente “política”, y a todas sobrevivió; aunque es difícil decir que esté marchando “hacia mejor” en todos los terrenos, lo que es seguro es que viene acumulando, con altísimos costos las más de las veces, abundantes experiencias como para aleccionar con gran detalle a nuestros contemporáneos y a las generaciones futuras sobre los pros y contras de los más variados estilos de liderazgo, de las ideas más diversas sobre el papel del Estado, el mercado, la inserción del país en el mundo o los mejores arreglos institucionales, y también sobre las mejores políticas que se pueden implementar en terrenos muy distintos. Se trata,

entonces, antes de poner manos a la obra para cambiar nuestro sistema, nuestros gobiernos y partidos, de estudiar detenidamente lo que esa experiencia enseña, para sacar de ella las conclusiones más provechosas.

Introducción

Historia y perspectiva de una relación difícil

Marcos Novaro

El peronismo es sin duda uno de los grandes inventos argentinos. Uno de esos que nos identifican ante el mundo y nos convierten en un país peculiar. Aunque ya con decir esto se disparan una cantidad de interrogantes y dudas: ¿cuánto hay de realmente excepcional en él y, por extensión, en la política argentina?, ¿cuánto hay de cierto en la tesis según la cual se trata de un fenómeno único, por tanto irreductible a cualquier categoría que la ciencia política, o cualquier otra forma de conocimiento universalista, hayan elaborado para entender y comparar fuerzas políticas de distintas latitudes?, ¿lo de la excepcionalidad peronista y argentina no es una exageración, fruto de la desmesurada vocación de los argentinos por ser diferentes y de la particular pretensión peronista de escaparle a los análisis críticos y a cualquier comparación que la incomode? Vayamos por partes.

La definición más difundida del peronismo es, y ha sido durante décadas, la que apela al concepto de populismo. Pero es discutible que con ella alcance para resolver la cuestión, porque la noción de populismo es en sí misma ambigua, hasta confusa. De manera que no ayuda mucho a aclarar los puntos fundamentales en disputa respecto de la naturaleza del fenómeno: decir que es populista ¿significa considerar al peronismo una fuerza democrática o no, de

izquierda o de derecha, transformadora o conservadora?, ¿permite identificar su rasgo esencial en una política económica que privilegia el consumo y la distribución en desmedro de la inversión y la estabilidad monetaria, o en un liderazgo personalista que puede eventualmente legitimar casi cualquier política económica?

En lo que no habrá en cambio tanta discusión es en destacar la notable disposición y capacidad del peronismo para mutar y reinventarse a lo largo del tiempo. De allí que muchos se hayan abstenido de definirlo, con el mote de populista o con cualquier otro, con el argumento de que no hay un peronismo sino varios: el clásico, el de la proscripción y la resistencia, el menemista de los años noventa, el kirchnerista, y en el medio tal vez unos cuantos más. Cada uno asociado con una etapa particular de la vida política argentina, ella también notablemente variada e inestable, y con distintos actores de la sociedad.

De donde se deriva otra pregunta: ¿ha sido la labilidad peronista una reacción adaptativa, una consecuencia de esta inestabilidad recurrente que afecta al país desde hace décadas, o debemos considerarla más bien una de sus causas, y tal vez la fundamental?

El peronismo es ya, entre los llamados “populismos latinoamericanos”, uno de los más longevos. Y es uno de los que se reveló más fuertemente plebeyo, y por ello capaz de echar raíces más profundas en los sectores populares, y más potente para moldear la vida política y la cultura de la sociedad que le dio cobijo. Esa perduración en el tiempo y la potencia identitaria y representativa guardan seguramente alguna relación con su labilidad, pero es difícil determinar exactamente cuál. Ante todo digamos que, comparado con los demás fenómenos populistas de la región, podría considerársele también el más ubicuo: ha dado cobijo a todo tipo de proyectos y políticas y, en distintos momentos, en su seno se han formulado los más variados argumentos para demostrar que debía ser o terminaría siendo muy diversas cosas, desde un

movimiento totalitario, en los años cincuenta y de nuevo en los setenta, a una fuerza revolucionaria, en los años sesenta, los setenta y una vez más en el siglo XXI, o un partido más entre otros, tanto uno socialdemócrata, a mediados de los años ochenta, o uno neoconservador, a lo largo de la década de los noventa.

A priori podría decirse que algo de razón ha tenido cada uno de esos pronósticos o proyectos programáticos, y que el peronismo efectivamente fue, en distintos momentos, muy distintas cosas. La tesis de los “varios peronismos” parecería así validarse. Aunque ella no resulta del todo convincente cuando atendemos al hecho de que como fuerza política se mantuvo casi siempre unida, y en los períodos en que ocasionalmente se dividió, aprovechó ese hecho para procesar mejor los cambios de orientación, volviendo al poco tiempo a unificarse. Tampoco queda bien parada la tesis de los varios peronismos cuando observamos la notable persistencia de muchos de sus rasgos más básicos: ni el núcleo de sus votantes ni los actores sectoriales incluidos o sus elites dirigentes, ni su predilección por la informalidad organizativa o su vínculo rentístico con el Estado cambiaron significativamente de una etapa a otra; algunos de sus antagonistas tampoco.

Se puede dudar, claro, que esos rasgos inmutables, la presencia obrera y sindical en su seno, el fuerte personalismo de sus liderazgos, el uso intenso de los recursos públicos para financiar sus redes clientelares y de reclutamiento, la precariedad de sus reglas de juego interno, entre otros, alcancen para definirlo en ninguna de sus etapas, pero sí alcanzarían para considerar la tesis de los varios peronismos una exageración o, peor todavía, otra vía de distracción, junto a la excepcionalidad, que nos aleja del problema a resolver: el mejor modo de conceptualizar y entender la perenne identidad que sí poseería esta fuerza política.

Con el tiempo, además, entre los estudiosos del fenómeno ha ido madurando la idea de que eso que en principio se planteó

como una tensión entre opuestos, identidad frente a mutabilidad, sería más adecuado concebirlo como un juego de complementación, que precisamente ha ayudado a que una misma entidad política diera cabida a muy distintas ideas e intereses, permitiéndole adaptarse a diversos momentos históricos, articulando de forma específica esos elementos en tensión de acuerdo con las particulares necesidades y posibilidades que le planteaba un ambiente, como ya dijimos, también marcadamente inestable. Desde esta perspectiva, la identidad y labilidad peronistas se podrían entender como dos caras de una misma moneda. Aunque tampoco es que con esto se resuelva todo el debate.

Entonces, tal vez lo que el peronismo *es* resulte demasiado difícil de determinar, pero aun podría resolverse la cuestión de lo que él *hace*, las funciones que cumple. El asunto es que algo no muy distinto a lo que sucede con la discusión sobre su identidad dificulta también la indagación sobre sus funcionalidades y disfuncionalidades en el sistema político. La cuestión de las causas de la inestabilidad incluida. ¿El peronismo es la solución para nuestros problemas políticos, o es su causa? Más precisamente: ¿es correcta la afirmación de sentido común que sostiene que es el único que puede gobernar un país precariamente institucionalizado como el nuestro, cuya sociedad se resiste a someterse a reglas y ordenarse de modo más estable?, ¿o es el propio peronismo el causante de estas tendencias, a las que apenas si logra ofrecer salidas circunstanciales, que más temprano que tarde se revelan como un precario e ineficaz sucedáneo de lo que en otras tierras se denomina gobernabilidad?

Seguramente es posible identificar causalidades en las dos direcciones. Y lo que ha quedado claro a lo largo de las últimas décadas de vida política en Argentina es que el peronismo logra ser la solución para problemas que él mismo ayuda a generar, tal como explicara hace tiempo Juan Carlos Torre (1999). La consecuencia ha sido una gran vitalidad y plasticidad de la lucha política,

pero también que los gobiernos peronistas no se distingan precisamente por su calidad y eficiencia. Treinta años de democracia con una sucesión de crisis muy agudas y comparativamente bajos rendimientos de las políticas públicas más relevantes están a la vista para demostrarlo. Y si a lo largo de estos años se siguió discutiendo el papel que le toca (y el que le debería tocar) al peronismo en nuestro sistema político, no está muy claro que pueda hallarse una progresión o maduración en las respuestas ofrecidas, ni en las analíticas ni en las de orden práctico. Más que aprendizaje parece haber habido, a este respecto, pura recurrencia.

La mimetización entre peronismo y sistema político ha ido incluso profundizándose en este tiempo por el progresivo declive de las demás alternativas. De manera que aquél llegó a ser el actor hegemónico y el eje organizador de la democracia argentina. Circunstancia que, vale la pena aclarar, dista sensiblemente del cuadro de situación con que arrancó la actual etapa de vida constitucional. Y visto en perspectiva podría considerarse uno de sus resultados más inesperados.

La salud del peronismo y de la democracia

La transición democrática de 1983 coincidió con una de las peores crisis de identidad y liderazgo del partido peronista. De esa coincidencia en el tiempo podría bien desprenderse una relación causal entre los dos fenómenos. Y no fueron pocos los que así lo entendieron y entonces auguraron, asociada a la expectativa de una democracia que ahora sí perduraría, la pronta extinción de esa fuerza, o que se dividiría irremediablemente por el enfrentamiento ya irreconciliable entre sus distintas facciones.

Sin su líder y fundador, u otros dirigentes legitimados a la mano, lo cierto es que sufrió su primera derrota en elecciones

nacionales libres, justo en el momento en que se cerraba en el país una disputa de décadas sobre los principios de legitimidad del orden político y mientras se instauraba en forma inapelable la vigencia de la Constitución. Se entiende que, por entonces, no hubiera muchos motivos para ser optimista respecto al futuro del partido de Perón. Es más, para muchos pareció confirmarse en esa ocasión la tesis según la cual su salud y la de la democracia habían sido desde un principio inconciliables: en el peronismo había estado la fuente o al menos una de las fuentes de los problemas políticos argentinos, y por suerte ella era cosa del pasado y empezaba a quedar atrás.

Sin embargo, en parte gracias a las dificultades que enfrentó el gobierno surgido de los comicios de 1983, en parte gracias a la movilización de los recursos remanentes que el peronismo derrotado conservó en sindicatos y provincias, no tan escasos ni cuestionados como en principio había parecido, pronto volvería a ser una máquina electoral casi imbatible, con cotos electorales casi monopólicos en un número creciente de distritos y con un control tan o más férreo que antes de las muy estables organizaciones sindicales del país.

Las sucesivas crisis económicas y de gobierno que atravesó la democracia argentina en los años que siguieron, como sabemos, no alcanzaron para echar por tierra el régimen político, pero sí para desorganizar progresivamente un sistema de partidos ya desde un principio bastante débil. Que los costos políticos de esas crisis hayan caído sobre todo en las espaldas de los gobiernos no peronistas votados en 1983 y 1999, impidiéndoles terminar sus mandatos, expresó en gran medida las debilidades de las fuerzas que los sostenían. Pero también operó en ello la competencia feroz que planteó a dichos gobiernos el peronismo.

La conversión de las crisis mencionadas en oportunidades para que éste se reinventara y relegitimara puede considerarse, enton-

ces, en parte fruto de la casualidad, de una azarosa coincidencia entre gobiernos ajenos y condiciones económicas ingobernables, seguida por otra no menos azarosa entre regreso al poder de los peronistas, a fines de los años ochenta y principios de la primera década del siglo XXI, y la mejora del contexto económico internacional y local. Aunque también se podría ver en ello el signo de su implacable competencia por el poder, su potencia innovadora y su “astucia histórica”, *vis a vis* con la falta de ubicuidad de los demás actores políticos.

Los estudios históricos y políticos desde los años ochenta hasta hoy han debido lidiar, directa o indirectamente, con estas recurrencias. Pero no les han dado, hasta aquí, respuestas demasiado precisas: entre lo casual y lo ineluctable, entender el escabroso curso que siguió la democracia argentina se nos revela como una tarea por demás compleja. Lo único seguro es que, por mérito propio o demérito de los demás, tres décadas después de iniciada la democratización argentina, el peronismo es ampliamente reconocido como “partido predominante” o la única “fuerza de gobierno” del país, por tanto, casi la única opción valedera para que los votantes influyan en alguna medida en las decisiones públicas. A tal punto que una muy amplia mayoría está dispuesta a votar eventualmente a sus candidatos, aunque no se considere peronista.

Si algo ha tendido a debilitarse a lo largo de este periplo es el número de quienes podrían todavía considerarse “antiperonistas” por el hecho de que bajo ninguna circunstancia votarían a un candidato de esa procedencia, o tolerarían que sus partidos de preferencia hicieran una alianza con sectores peronistas para formar gobierno. El menemismo tuvo este efecto sobre los votantes y partidos del centro a la derecha, mientras que el kirchnerismo hizo lo propio en el otro costado del espectro y amplió aun más el fenómeno. A consecuencia de lo cual en la última década pasó de alrededor de 60 a más de 70 el porcentaje de electores que optan

más o menos regularmente por apoyar a algún sector y candidato proveniente del peronismo. Con el agregado de que, en ambos períodos, la división de esa fuerza permitió que se formaran alianzas entre sus facciones disidentes y partidos no peronistas opuestos a la orientación de los gobiernos peronistas de turno.

Así, confirmado como centro de nuestra vida política, nos seguimos preguntando si más que un partido es un “sistema de partidos en sí mismo”, y si es la fuente de nuestros problemas o el principio de su solución, como agudamente planteara Juan Carlos Torre a fines de los años noventa (Torre, 1999). Y es que, visto en perspectiva, el proceso de cambio vivido por el peronismo a lo largo de la democratización podría considerarse también tanto un éxito como un fracaso: por momentos llegó a organizarse y funcionar como una fuerza política más o menos reglada e institucionalizada, pero sólo por momentos, para volver luego a desorganizarse en momentos de crisis; y es tan cierto que supo ofrecer, en el curso de estas crisis, salidas que evitaron su agravamiento, como que colaboró en gran medida a provocarlas.

Se nos plantea entonces otra pregunta: ¿es que el peronismo se ha ido adaptando a la democracia, al orden constitucional y al voto móvil de los ciudadanos, o más bien han sido éstos, cada una de las instituciones de la democracia y el conjunto social, los que se adaptaron al predominio y la particular dinámica política impuesta por el peronismo?

Seguramente ha sucedido un poco de cada cosa. Pero más allá de eso se nos ocurre que la pregunta planteada abre una perspectiva útil para hilar otras cuestiones, pues nos ofrece un punto de vista desde donde correlacionar, en el largo plazo, distintos problemas que vienen afectando la política nacional: la inestabilidad de las políticas públicas, la ocupación del espectro de competencia por una fuerza que carece de organización y programa definidos y la internalización de la negociación de intereses en su seno; y sirve

también para identificar el carácter de dichos problemas: si se trata de cuestiones que pueden encontrar una solución partidaria o estatal, si la solución es la unidad peronista o su definitiva división, si es la abierta incorporación de actores sectoriales a su estructura o su separación tajante de ella.

Más y menos que un partido

La última década de gobiernos peronistas aportó una interesante vuelta de tuerca a muchas de estas discusiones. En particular a las que giran en torno a lo que podría denominarse la “hipótesis de la partidización” de esta fuerza y su relación con sus capacidades electorales y de gobierno, de un lado, y a las que refieren a su definición como fenómeno populista y su capacidad de representar demandas populares e instrumentar políticas económicas atentas a aquéllas, por otro. Nos referiremos a continuación a la primera de esas discusiones y en los últimos apartados a la segunda.

La década kirchnerista (por ahora, la que va de 2003 a 2013) ha sido, sin duda, la etapa más estable, tanto en términos económicos como institucionales, de las tres que hasta aquí han protagonizado gobiernos peronistas (la primera, entre 1946 y 1955, fue interrumpida como se sabe por un golpe de Estado; la segunda, entre 1989 y 1999, estuvo atravesada por fuertes crisis económicas). Y a la vez, fue en la que más persistente y abiertamente actuaron varios peronismos en pugna, porque resultó ser más baja la organicidad y cohesión de esta fuerza. En estos años, por tanto, la discusión sobre su unidad y multiplicidad y sobre su capacidad para formar mayorías y gobernar, pero no de hacerlo “como partido”, adquirió una intensidad y un tono particulares. Ella remitió a algunos temas ya debatidos intensamente en los años noventa, y también a otros más propios de los cuarenta y cincuenta.

Hay quienes sostienen, a partir de ello, que el kirchnerismo vino a probar definitivamente que el movimientismo peronista, con su informalidad y flexibilidad organizativa e ideológica, es insuperable en su capacidad de representar las muy cambiantes ideas y demandas y el personalismo irreductible que caracterizarían la vida política argentina. Y que sólo con esos recursos el peronismo, y sólo él, puede ofrecer cierta estabilidad a un país como el nuestro. Quienes así razonan suelen ver también en la experiencia kirchnerista una salida innovadora y probablemente perdurable a los dilemas no resueltos por los gobiernos previos: ella habría demostrado que sin organicidad partidaria es igualmente posible para los líderes peronistas lograr cohesión coalicional y producir gobiernos medianamente estables, además de indudablemente legítimos.

Otros, en cambio, objetan que esto se logró extremando los problemas asociados al rol central adquirido por el peronismo en nuestro sistema político, en vez de resolverlos. Tanto el fiscal, con una centralización y una discrecionalidad por demás abusivas y de notable ineficiencia asignativa que vuelven insostenible, aun en el mejor de los contextos económicos imaginables, un gasto público necesitado de constantes ampliaciones; como el representativo, por la crónica subestimación o directa exclusión de los actores más dinámicos de la sociedad civil y de la economía (los empresarios agropecuarios y las clases medias metropolitanas, en particular), que inevitablemente terminan por poner en crisis al conjunto del sistema.

Es así como la década kirchnerista repuso una pregunta y un desafío que tienen casi tanta historia como el propio peronismo, y cuya irresolución estaba implícita en la fórmula de Torre sobre el “sistema de partidos en sí mismo”: ¿podrá ser el peronismo en algún momento un partido, sea uno predominante, hegemónico o de alguna otra característica, pero uno sometido en alguna medida a un programa, una organización, y capaz de participar de un

juego institucionalizado con otros actores?, ¿o en su defecto habría que esperar o apostar a que el peronismo dé origen en algún momento a varios partidos, convirtiendo su pluralismo interno en la base de un sistema de partidos completamente nuevo?

Lo cierto es que en distintos momentos de la historia del país y del peronismo se han intentado ambas salidas. E incluso se probó combinarlas: en la expectativa de que partidizar al peronismo le impondría cierto grado de homogeneización ideológica y programática, y por tanto redundaría en la exclusión de algunos de sus componentes más extremos, que perderían influencia, y eventualmente de otros más amplios que deberían migrar a otros partidos, con lo que estos últimos también podrían adquirir mayor fortaleza y gravitación.

Sin embargo, aunque ocasionalmente ha habido indicios de procesos de este orden, ni la organicidad partidaria ni los cismas circunstancialmente producidos en el peronismo han perdurado en el tiempo. Y a esta altura bien podría concluirse que ninguna de esas dos opciones para la partidización de esta fuerza tiene mayor viabilidad, ni tiene por tanto mayor sentido pensar su funcionamiento en relación con ellas.

El peronismo ha sido recurrentemente considerado como algo más que un partido. Cuando se lo caracteriza como “movimiento” se apunta precisamente a ese carácter, a que no se lo puede considerar como una fuerza política más entre otras en lucha por el poder porque no es una parte de un todo mayor, sino una entidad política plena y completa en sí misma. La definición acuñada por Torre trata justamente de captar esta peculiar condición, aunque sin rendirse a la pretensión de atribuirle una unidad orgánica, que de acuerdo con este autor no existe ni podría existir, ni un rol fundacional, que sistemáticamente se ha frustrado.

Pero es también en más de un sentido menos que un partido. No ha logrado funcionar como tal ni estando en el gobierno ni